

## PRÓLOGO

JERUSALÉN  
VERANO 70 D. C.

—¡Alto!

El cántabro se detuvo al oír la voz ronca del oficial.

A su alrededor, cesaron el tintineo de las armas y el repiqueteo de las tachuelas sobre el empedrado.

Silencio.

La callejuela era estrecha y polvorienta, tortuosa, como casi todas las calles de aquella ciudad maldita. Apestaba a muerte y a excrementos, a podredumbre, a hambre y miseria.

Y hacía calor. Mucho calor. El joven soldado llevaba días sin ver una mísera nube en el cielo, y el sol, en su cénit, inmóvil, golpeaba con saña, como un martillo en la fragua del herrero. Ni su cuerpo, ni los estandartes de la cohorte ni las casas daban sombra, y el sudor que le nacía en las sienes iba abriendo diminutos surcos en la suciedad incrustada y vieja que le cubría la cara. El casco ardía, y, bajo las placas de la armadura, podía sentir la túnica completamente pegada al cuerpo, empapada en torso y espalda, la nariz reseca, el polvo en la boca, la lengua pastosa, la costra de saliva seca y blanca en las comisuras de los labios.

—¡Formación cerrada! —gritó el oficial en latín—. ¡Rodilla en tierra!

De nuevo el tintineo y de nuevo el silencio.

Un lustro atrás, cuando se alistaron, ese mismo oficial se había dirigido a ellos en el idioma de los cántabros, aunque, poco a poco, y a lo largo de los años, el latín había ido usurpando sus vidas. De los cuatrocientos ochenta muchachos que habían salido de Cantabria, apenas quedaba la mitad, y aquella guerra, que el joven aún no comprendía del todo, parecía no tener fin. Cada monte pedregoso, cada fortaleza, cada calle, cada casa eran un campo de batalla.

El cántabro giró la cabeza y miró a su derecha, a su compañero, y pudo hacerse una idea clara de su propio aspecto.

—¿Te queda agua? —preguntó el joven en la lengua de sus padres.

—No —dijo aquel sin más.

El cántabro asintió. Estalló entonces, a lo lejos, el rumor informe y cacofónico del combate.

—Deben de ser los de la X, en el mercado —dijo uno de sus compañeros de contubernio tres cuerpos más allá.

Alguien gruñó un asentimiento.

El cántabro miró a su espalda, al estandarte de la cohorte, ajado y descolorido tras cuatro años de guerra, rojo, con las letras «CIIC» bordadas en blanco, y tuvo el repentino y oscuro presentimiento de que jamás volvería a la tierra que le había visto nacer.

—¡Desenvainad! —gritó el oficial.

El joven restregó la mano derecha en el suelo para secarse el sudor de la palma, asió la empuñadura del arma y la hoja siseó al abandonar la vaina.

Los judíos estaban allí, lo sabía, esperando, ocultos entre los callejones: un pueblo entero en armas blandiendo cuchillos, espadas arrebatadas a los caídos, lanzas caseras, escudos redondos y pequeños, hondas y arcos. La mayoría de ellos no llevaba armadura, estaban hambrientos y desesperados tras meses de asedio, pero seguían mostrándose desafiantes y arrojados hasta la demencia.

Un grito de carga, aullando por miles de gargantas invisibles que apelaban a su dios, restalló en el callejón momentos antes de que una muchedumbre de cuerpos pardos y barbudos se abalanzara sobre ellos a la carrera.

—¡En pie! —gritó el oficial—. ¡Aguantad!

El cántabro sintió el escudo de un compañero en la espalda y un escalofrío en la columna. El corazón le empezó a latir con fuerza. No era la primera vez que soportaban una carga, ni que luchaban por las calles, pero esta, por algún motivo que hubiera sido incapaz de explicar, se le antojó diferente.

—¡Aguantad! —repitió el oficial a voz en cuello.

Veinte pasos. Diez pasos. Cinco pasos. Gritos desbocados, ojos enloquecidos, destello de puntas de hierro que pronto buscarían un hueco entre los escudos y las armaduras de unos hombres cuyo cometido era someter a los judíos al poder de Roma y del emperador.

Una nube de sombras alargadas surgió a espaldas de la cohorte, silbó sobre sus cabezas, oscureció el sol un instante y, acto seguido, cayó sobre los judíos abatiendo a docenas de ellos. El cántabro alzó el escudo para detener el primer golpe, asestado por un gigante con más fuerza, odio y saña que pericia. Sintió dolor en el brazo izquierdo y el crujir de la madera y, de forma instintiva, lanzó una estocada que

hizo carne y luego sangre. Un alarido de dolor. La primera línea de la cohorte se vio completamente sumida en el horrísono fragor del combate. El joven retiró la espada del cuerpo de su atacante sin saber dónde le había alcanzado. Eso era lo de menos. En la confusión de la lucha era prácticamente imposible escoger el punto concreto en el que hundir la hoja. Pero la vida es tozuda. El gigante soltó su arma, una espada romana, y, en vez de desplomarse, aferró el escudo del joven con las dos manos y tiró hacia sí. Otra estocada. Otro alarido de dolor. Forcejeo. Miedo. Una estocada más. Pero, con tres agujeros en el cuerpo, el gigante seguía tirando del escudo como si antes de cargar se hubiera prometido a sí mismo, o a su dios, llevarse consigo al infierno al menos a uno de los extranjeros.

El cántabro hizo lo posible por seguir aferrado a su defensa. Lanzó una cuarta estocada con la diestra al tiempo que su mano izquierda perdía el control del escudo. Una cuarta herida a ciegas. El gigante, esta vez sí, se tambaleó y cayó de rodillas sin soltar la defensa de su contrincante.

Bastó ese hueco, ese instante, ese latido, para que la punta de hierro de una lanza judía se le hundiera al joven soldado en la garganta.

El cántabro abrió los ojos al máximo, soltó el escudo y la espada. Se llevó las manos a la garganta. Cayó de rodillas. Luego de bruces sobre su enemigo.

—¡Atrás! —gritó la voz del oficial.

Fue lo último que oyó. Y supo que no volvería a ver su aldea.

# 1

Por supuesto. Siéntate. No seré yo quien le niegue a un caminante un lugar junto a mi hoguera. El fuego siempre es generoso, y la noche promete ser fría. Adelante, no te quedes ahí, siéntate. ¿Quieres un poco de vino? No queda mucho, ni es de calidad. Aunque también es cierto que no hay vino malo si la compañía es buena. Pareces cansado. ¿Hacia dónde te diriges?

Vaya... Pues tienes un largo camino por delante...

¿Yo? A Cantabria.

Sí, tienes razón; es un lugar remoto y hosco, pero es allí donde nací y es allí donde quiero que descansan mis huesos. Quiero volver a ver sus bosques, sus montañas nevadas, su mar bravío, sus cielos grises. Quiero volver a sentir la lluvia fría empapándome la cara y el cuerpo, y escuchar una vez más la lengua brusca y directa de sus gentes. Aunque llevo tanto tiempo sin hablarla que espero poder articular alguna palabra.

Cierto, los recuerdos suelen ser engañosos, más aún después de tanto tiempo. Aunque estarás de acuerdo en que no ocurre lo mismo con el olfato. ¿Verdad que no? Aún hoy vuelvo a mi niñez cuando huelo a hierba recién segada, a leche fresca de vaca, a nubes cargadas de lluvia, a tierra húmeda, a boñiga... Y a veces sueño. Sueño que vuelvo a mi aldea, que aún soy joven, que veo a mi madre, a mis amigos, a mis tíos, que nada ha cambiado, que todos me reciben felices. Que llego con una mula repleta de riquezas, tal y como pensé que volvería cuando me marché... y que Aia sigue esperándome. Que...

Perdona, a veces me atonta mirar a las llamas. ¿Qué has dicho?

¿Aia? Una muchacha de mi aldea. Yo tenía diecisiete años y ella, quince. Ya no me acuerdo de su cara, se fue desdibujando con los años, como los colores al sol, poco a poco, sin darme cuenta. Llegó un día en el que simplemente fui incapaz de evocar su imagen. Pero sí recuerdo que era pelirroja y muy bella..., o al menos a mí me lo parecía.

Sí, amigo mío. ¿Te importa que te llame amigo? En parte me fui por ella y en parte por mí. Verás, entre los míos, y al contrario de lo que ocurre en otras partes del Imperio, es el hombre el que aporta la dote. O al menos así era hace veinticinco años. No sé si las cosas habrán cambiado desde entonces. Supongo que sí.

Un cuarto de siglo ya..., y yo que juré, bajo el viejo tejo, volver pasados uno o dos años. No sé...

Que no te extrañe. En realidad la dote no es más que una especie de pago por la mujer, un intercambio comercial, y el padre de Aia sabía que su hija era un tesoro que bien valía dos o tres buenas vacas. Podríamos haber huido juntos, sí, pero ella jamás hubiera abandonado a sus padres... Lealtad, la más valiosa de las virtudes. Por eso me fui, porque la quería y porque no tenía nada que dar por ella, ni forma de conseguirlo si me quedaba allí.

Bueno, no solo por eso. Estaba harto del ganado, harto de segar, harto de la boñiga, de la leche... Vivíamos en el valle, junto al río. No eran más que un puñado de chozas, y yo no conocía otra cosa. Pero la vida en Cantabria no siempre había sido así, el mundo en el que habían vivido nuestros abuelos había sido muy diferente, aunque nadie hablaba de ello...

Perdóname. A veces me pongo a hablar y... ¿Quieres queso? ¿Te apetece? Toma, corta lo que quieras.

¿Que por qué no se hablaba de ello? Cómo explicarlo... No sé qué edad tenía, era muy pequeño, pero recuerdo que muchas noches, cuando en el hogar no quedaban más que rescoldos, solía esperar a que mi madre se durmiera para buscar el calor de mi abuelo. Vivíamos los tres en la misma choza, con las gallinas y un par de cerdos. También teníamos una vaca; estaba escualida, pero daba buena leche. Era entonces cuando mi abuelo, entre susurros, me hablaba de la Gran Guerra. Él lo había visto todo, la había vivido siendo un niño. Recuerdo cómo sus palabras se convertían para mí en vívidas imágenes que, más tarde, cuando caía rendido, se transformaban en sueños.

Mi abuelo hablaba con añoranza de un mundo mejor, brutal, belicoso, pero mejor. De los ritos a la luz de la luna llena, de los tambores, las flautas, de los bailes frenéticos de los guerreros..., de los cuernos repletos de sangre de caballo que bebían sus mayores para adquirir la fuerza de ese noble animal antes del combate. Hablaba de un tiempo pasado en el que los cántabros habíamos sido libres. «El último pueblo en ser obligado a cargar con el yugo del Imperio», decía. El último. Un tiempo de hombres fuertes y valientes. Habíamos sido un pueblo poderoso, respetado, temido, orgulloso, irreductible, incapaz de inclinar la cerviz o de hundir la rodilla en tierra ante nadie. Y mucho menos ante el emperador.

Y me hablaba de su padre, un gran guerrero, muerto en combate ante sus propios ojos cuando, después de meses de asedio, los ro-

manos lograron abrir brecha en las defensas del castro. Me contaba cómo murió: blandiendo su poderosa hacha de doble filo, entre las llamas, rodeado de los cadáveres de sus amigos y compañeros, abatiendo a un romano tras otro, intentando defender su hogar, su familia y su forma de vida. Me hablaba de lo que ocurrió después, de cómo los romanos crucificaron a los supervivientes y de cómo los cántabros, desafiante en la cruz, entonaban cantos de victoria. Me contaba que los romanos incendiaron el castro, que se llevaron cautivas a muchas mujeres después de violarlas, entre ellas a su propia madre y a su hermana, y que les cortaron la mano derecha a todos los varones, fuera cual fuera su edad, para que jamás volviera nuestro pueblo a alzarse en armas contra Roma. Prueba de ello era el muñón que mi abuelo lucía en el brazo derecho y del que estaba orgulloso. Me contaba cómo los obligaron a todos a abandonar el castro, a asentarse en el valle, a derribar sus propias murallas...

El abuelo solía quedarse ensimismado cuando me lo contaba. Como yo hace un instante. Me pregunto si empiezo a parecerme a él.

Siempre se lamentaba. Le dolía pensar en lo que nos habíamos convertido después de la Gran Guerra: un pueblo condenado a malvivir arando la tierra, a subsistir del ganado..., a una vida miserable, en el valle, junto al río, a la sombra de la cumbre donde una vez se alzara orgulloso y desafiante el castro.

Bien es cierto que mi abuelo jamás perdió la esperanza.

Hay algo perverso en la esperanza, ¿no crees? Es como la última línea de defensa. Implica resignación, tristeza, derrota... Es aceptar que ya no puedes hacer nada y confiar en que las cosas vayan a cambiar tarde o temprano, como por embrujo, solo porque hay una fuerza superior que impide que exista la injusticia en el mundo. Pero la magia no existe, y a los dioses no les importamos.

Fíjate, el viejo decía que existía una profecía, que estaba escrito en las estrellas que algún día volvería un hombre, un guerrero poderoso y que, con él, Cantabria volvería a alzarse, que Roma volvería a probar nuestro hierro y que volveríamos a ser libres. Muchas veces llegué a pensar que aquel guerrero destinado a liberar a mi pueblo bien podía ser yo. Sueños de niñez. Ya sabes, todos nos creemos especiales de algún modo hasta que la vida se encarga de domarnos. Pero he vivido lo suficiente, y he estado en muchos lugares, y sé que todos los pueblos sometidos tienen una leyenda parecida.

Yo quería luchar contra Roma... y, en mi inocencia, le preguntaba que dónde estaba aquel odiado lugar. Mi abuelo solía sonreír y

asentir cuando se lo preguntaba. Sé que veía en mí, en mi pasión por sus palabras y en mi juventud, la promesa de que su mundo y sus recuerdos no se desvanecerían en el olvido, de que la llama de su pueblo, aunque tenue y a merced del viento, seguiría viva en mí. ¿Y sabes qué solía contestarme cuando le preguntaba que dónde estaba Roma? Que no lo sabía con exactitud, pero que probablemente no estuviera a más de diez o doce días de camino. Pobre hombre. Mi abuelo odiaba a Roma y me hizo jurar que yo también la odiaría. No le culpo: muchas veces el odio y la esperanza marchan de la mano, pero ni el uno ni la otra son buena compañía.

¿Ahora? No. Ahora soy ciudadano romano. Ya no odio nada ni a nadie.

¿Quieres un poco más de queso?

Mi abuelo y mi madre no se soportaban, aunque se necesitaban para sobrevivir. Ella solía culparle de que mi padre se hubiera marchado. Nunca volvió. Pero, escucha, quizá te esté cansando con toda esta historia... Ya sabes que no hay mejor confidente que un extraño a quien no conoces y a quien probablemente jamás vuelvas a ver.

¿Sí? ¿No te importa? Quizá sea la edad..., quizá me pase como a mi abuelo y tema que mis recuerdos mueran conmigo.

Yo creo que mi padre y mi madre se querían, porque mi madre nunca dejó de preguntar por él a los pocos caminantes que pasaban por la aldea. Y porque jamás se volvió a casar. Decía que mi abuelo le había llenado a mi padre la cabeza de historias, de leyendas y sandeces, y me decía que no escuchara al viejo, que no contaba más que mentiras.

Pero yo sabía que el anciano decía la verdad porque, en primavera, cuando las tormentas sacudían el cielo y hacían retumbar la tierra, cuando la lluvia caía durante días y embarraba los campos, y del monte nacían riachuelos, torrentes y cascadas, mi amigo y yo subíamos a la cumbre en la que mi abuelo decía que se había alzado el castro. Estaba prohibido ir. Pero no nos importaba.

Arán. Mi amigo se llamaba Arán.

Cuando pasaban las tormentas y nos mandaban a por leña, o a recoger bellotas para hacer el pan, subíamos a aquel lugar prohibido porque sabíamos que el agua, al remover la tierra, hacía surgir vestigios de lo que mi abuelo decía que habíamos sido.

¡Lo que encontrábamos allí! Pequeños trozos de hierro roñoso y apelmazado, fragmentos de cerámica con algún dibujo, huesos, algunos de animales, otros humanos. Pero también encontrábamos

cascos abollados, puntas de flecha dobladas, bolas de piedra, varas de hierro oxidadas, grandes clavos, tachuelas, umbos, cráneos... Una vez incluso encontramos una espada doblada y dentada. A veces, la lluvia desenterraba grupos de esqueletos humanos enteros. Y yo me preguntaba si alguno de ellos sería el padre de mi abuelo.

La explanada que en su día ocupara el antiguo castro era enorme y en muchos lugares las piedras eran negras, del negro que solo puede producir el fuego.

Sí...

Sí...

«Te esperaré». Esas fueron las últimas palabras de Aia. Me las dijo a la sombra del viejo tejo, en el mismo lugar en el que días antes muriera mi abuelo, cansado de vivir y de esperar. El anciano se suicidó comiendo las hojas de ese árbol, sagrado entre los míos, y dejó que su cuerpo fuera devorado por los buitres, convencido de que estos llevarían su alma al cielo, donde podría encontrarse de nuevo con su padre. Decía que allí se uniría a él en la eterna batalla que se libraba en el firmamento, entre las estrellas, entre las fuerzas del bien y del mal, del día y de la noche, de la luz y las tinieblas...

Fue durante el reinado de Nerón, en el año de los consulados de Nerva y Vestino, aunque entonces yo no sabía que los romanos llamaban a los años según los nombres de los cónsules.

Hoy sé también que aquel fue el año en que murió un sabio hispano: Séneca.

Hace frío, ¿no crees?

Echemos un poco más de leña al fuego.

## 2

«Morimos cada día».  
Séneca

CERCA DE ROMA  
PRIMAVERA 65 D. C.

Atardecía.

El sol, moribundo, teñía de rojo un puñado de nubes lejanas y dispersas que parecían inmóviles en un cielo de tono azul y escarlata. Una leve brisa mecía de vez en cuando las copas de los cipreses que rodeaban el jardín de Lucio Anneo Séneca. El canto de los pájaros, siempre alegre, y el sordo rumor del agua de la fuente, plácido y constante, parecían hoy ser portadores de malos augurios.

Los comensales estaban en silencio, algo insólito en casa del viejo filósofo.

—Lo más probable es que mañana refresque —dijo Lucilio, el joven abogado.

No hubo respuesta inmediata.

—Sí, dicen que los vientos están a punto de cambiar —convino un instante después Estacio, el médico.

—Los vientos... —dijo Séneca para sí, sin dirigirse a nadie en concreto, ensimismado, observando la uva que sostenía con el índice y el pulgar, dándole vueltas, como si temiera metérsela en la boca. El sabio volvió a dejar el fruto arrancado sobre la bandeja de plata.

Tanto su esposa Paulina como sus dos invitados le miraron, confiando en que el filósofo dijera algo más, que se arrancara, como siempre, a exprimir aquella frase insustancial sobre el tiempo hasta convertirla en una elaborada analogía sobre la virtud, la clemencia, la cólera, la felicidad, la serenidad, la vida o la muerte. Pero Séneca no dijo más, se limitó a alargar la mano arrugada, venosa y moteada de vejez, hacia el cuenco de agua que tenía delante y se lo llevó a los labios. Bebió sin ganas, sin sed. Fue un acto mecánico, inconsciente.

—Este año la cosecha será abundante —dijo Lucilio en un último intento por ahuyentar el silencio, como quien enciende una antorcha para espantar las sombras de una mazmorra.

Fue inútil.

Paulina, tumbada en el diván contiguo al de su marido, acarició el rostro ausente del anciano sabio. Séneca se volvió lentamente y ambos se miraron. Los ojos tristes y cansados del filósofo le hablaron a la mujer de una profunda tortura interna, de la carcoma del alma, de la sensación asfixiante de que su misma existencia había sido infecunda: setenta años de camino recorrido, de senderos creados con palabras hacia lo que había resultado ser la nada más absoluta. Paulina supo entonces que, para su marido, aquel no era momento de filosofar en voz alta, sino de vivir la filosofía en silencio, porque Séneca presentía que el momento estaba cerca, que todo lo dicho, que todo lo escrito, estaba a punto de ser puesto a prueba.

La conspiración de Pisón para asesinar al emperador había sido descubierta. Las mazmorras de Roma estaban atestadas de conjurados y sospechosos hasta el punto de haberse hecho necesario habilitar los cuarteles de la guardia pretoriana para hacinarlos a todos. Día a día se sucedían las torturas y las ejecuciones. Tigelino, prefecto de la guardia, les prometía a los reos tanto la vida como la libertad si denunciaban a otros conjurados. Y estos —senadores, caballeros, comerciantes, libertos, esclavos—, con los miembros dislocados, los huesos rotos, los cuerpos ensangrentados y la moral quebrada, entre gritos, lamentos, llantos y súplicas de clemencia, decían nombres y más nombres en la penumbra húmeda de sus celdas. Un nombre tras otro, estuvieran o no entre los conjurados, eso era lo de menos. Lo importante era que acabaran las palizas, los hierros al rojo en la carne, los latigazos, los punzones clavados a martillazos en las rodillas, los dedos amputados uno a uno... Que acabara el sufrimiento, ya fuese volviendo a la vida o precipitándose al vacío de la muerte.

Y así, una detención llevaba a otra, y esa a otras cinco, y cada una de esas cinco a otras tantas. Y se sucedían las ejecuciones y las torturas. Tan solo una mujer, una de las conjuradas, una liberta llamada Epícaris, había soportado todos los tormentos desde el principio sin decir un solo nombre haciendo gala de una entereza que hasta el mismísimo Catón hubiera envidiado.

Nerón y Tigelino parecían dispuestos a acabar con Roma entera, a teñir el Tíber de sangre.

Tarde o temprano alguien diría el nombre de Lucio Anneo Séneca, el sabio que hasta hacía poco más de un año, y desde la tierna infancia del emperador, había guiado, o al menos intentado guiar, los pasos del monstruo. Y cuando alguien dijera el nombre del filósofo, Tigelino alzaría una ceja, le pediría al reo que repitiera ese nom-

bre, esbozaría su media sonrisa lobuna y, después de saborear su victoria, informaría en persona al emperador del resultado de sus pesquisas. Nerón diría algo parecido a «lo sabía» y entonces... entonces...

Séneca miró a su alrededor. Qué bellas estaban las flores del jardín ahora que aprovechaban los rayos suaves y amables de un sol ya cansado: narcisos amarillos y blancos, rosas rojas, gladiolos, violas, todas ellas cuidadas con mimo por Paulina, que había convertido aquel rincón del mundo en todo un vergel de color y vida que estallaba en primavera como estalla una tormenta. Siempre le había gustado el jardín: la hermosura tranquila y serena de las flores, siempre bellas, dóciles, mansas, humildes y orgullosas a su modo cuando Paulina las cortaba para adornar una mesa o engalanarse el cabello. Lo que nunca le había ocurrido al sabio es que tal hermosura le resultara desbordante, sobrenatural, intensa hasta el punto de sentir un escalofrío.

—Es probable que el verano sea tórrido. Más aún que el anterior—dijo el médico sin pensar. Y supo, nada más cerrar la boca, que había errado.

La mente de todos se vio asaltada por el recuerdo del incendio que había devorado Roma meses atrás: las llamas, los gritos, el calor, el olor a carne humana chamuscada, el infierno, la confusión... Miles de familias desposeídas anegando el Campo de Marte, las plazas, los jardines y los pocos templos que habían quedado indemnes. Séneca recordó cómo, una vez extinguidas las llamas, y en una ciudad ya convertida en escombros negros y aún humeantes, brotó un incendio aún más pernicioso. De boca en boca corrió el rumor de que había sido el propio emperador quien había ordenado incendiar la ciudad, muchos romanos dijeron haber visto a hombres de la guardia pretoriana lanzar antorchas contra los endeble edificios de viviendas y que Nerón, enajenado, mientras observaba el desastre, había cantado y tocado la lira, evocando la destrucción de Troya. Pero era todo mentira. Mentiras convertidas en verdad por una muchedumbre airada que lo había perdido todo. Mentiras que habían prendido en unas mentes secas en las que alimentarse y por las que propagarse.

Era cierto que Nerón, a lo largo de los años, había matado a su esposa Octavia y a su hermanastro Británico, hijos ambos del emperador Claudio; a Rubelio Plauto, descendiente directo de Tiberio; a Fausto Cornelio Sila, bisnieto de Marco Antonio y Octavia la

Menor, y a todo aquel que tuviese una sola gota de sangre Julio-Claudia, crímenes cometidos en nombre de Roma y por el bien del Imperio. Sin embargo, nadie le había llegado a perdonar jamás que matara a su madre, Agripina la Menor. Porque, a ojos del pueblo, un hombre que es capaz de matar a una madre es capaz de cualquier cosa. Cuestión aparte era que Agripina hubiera sido una arpía, una mujer retorcida, cruel y ambiciosa, un ser sin escrúpulos, manipuladora, implacable, culpable también de un buen número de asesinatos. Pero eso era lo de menos. Era su madre. Y aunque fuera el más justificado de todos los asesinatos ordenados por el emperador, las masas nunca habían llegado a comprenderlo. Y para poder perdonar es necesario primero comprender.

No. Nerón no había incendiado Roma; amaba la ciudad y, como artista, amaba a su público, que no era otro que el pueblo. Así que antes de perder su favor prefirió buscar un culpable: los cristianos.

Roma estaba infestada, contaminada, pervertida por ritos y creencias llegadas de Oriente que devoraban mentes simples y se extendían como una plaga. Los viejos dioses se batían en retirada ante la pujanza de las religiones extranjeras. Las cloacas de Oriente desembocaban en el Tíber y vertían allí su ponzoña: sirios, egipcios, persas, árabes, indios y judíos; Isis, Mitra, Zoroastro, Yavé..., Cristo.

Los antiguos dioses habían sido clementes, tolerantes; ese había sido su error. Los cristianos, una especie de judíos renegados, no se contentaban con creer sus propias sandeces, además querían que todo el mundo las creyera, que todo el mundo venerase como dios único y verdadero a su líder, un carpintero de Judea que, según ellos, había venido al mundo para erradicar el pecado. Por lo visto, la mejor forma que se le había ocurrido a la divinidad para extender su doctrina había sido enviar a su hijo a un lugar remoto, pobre y desértico de la tierra, entre campesinos y pastores analfabetos, para ser sacrificado como un cordero.

El pecado. En lo que no reparaban los cristianos era en que, hasta la llegada de aquel carpintero, la idea del pecado ni siquiera existía. El bien y el mal eran cuestiones éticas, no religiosas. Y, sin embargo, aquellos ineptos habían abrazado la absurda idea de que toda la verdad manaba de unos textos —como si hubiera textos perfectos— y de un hombre —como si hubiera hombres perfectos—. Por lo visto, a esa divinidad perfecta le importaba lo que se comiera, lo que se pensara, con quien uno se acostara y cómo lo hiciera, le importaban los ritos y se encolerizaba. Pero, si la divinidad

era perfecta, ¿cómo era posible que le afectaran tales cosas? Sentirse afectado implica la capacidad de sufrir, de que algo pueda mellar el yo, la paz interior. Sin embargo, la perfección implica inalterabilidad porque es un valor absoluto. No se puede ser perfecto y a la vez estar sujeto a cambio. En gran medida, el dios de los judíos y de los cristianos más parecía un niño pequeño y caprichoso que una entidad serena y completa.

Pero había algo aún más aterrador entre los cristianos: sencillamente no podían esperar a que el mundo llegara a su fin, a que su dios se manifestara y a que juzgara a todos los habitantes de la tierra.

Cuando Roma ardió, los cristianos se negaron a apagar el fuego; creían que su dios estaba de camino, que era el fin de los tiempos. Necios. Al menos no eran más que una minoría, y muchos acabaron devorados por las fieras en el circo o sirviendo de antorchas humanas por las calles.

Algo sí había que concederles a los cristianos: al menos habían sabido aceptar su destino y habían sabido morir.

—Estoy cansado —dijo Séneca. El viejo sabio se incorporó provocando en su esposa y sus invitados un gesto idéntico—. Por favor, por favor, seguid sin mí. Solo necesito dormir.

—No has cenado nada —dijo Paulina preocupada.

—No tengo hambre.

Séneca puso un pie en el suelo, con lentitud, luego el otro, apoyó las manos en el diván, respiró profundamente y se irguió. Quien no le conociera hubiera supuesto que sus pesados movimientos respondían a su avanzada edad. Pero tanto su esposa como sus invitados sabían que era un hombre aún ágil y activo, a pesar de las afecciones pulmonares que le habían acompañado desde la infancia y que se manifestaban cuando el ambiente estaba cargado, cuando había niebla o cuando tomaba un baño caliente.

Séneca dio un paso, dispuesto a alcanzar su habitación.

Sonaron entonces, a lo lejos, en la puerta principal, tres golpes firmes que recorrieron el vestíbulo y el atrio como un trueno hasta llegar al jardín. El filósofo se detuvo, alzó la cabeza y se volvió. Paulina se incorporó sobresaltada en su diván mientras Lucilio y Estacio se ponían en pie de un salto.

El joven esclavo que dormitaba junto a la puerta y cuyo cometido era responder y, en su caso, abrir a los visitantes, despertó nervioso ante el estruendo. El protocolo dictaba que se llamara a la puerta con decoro, el joven preguntaba entonces la identidad de quien lla-

maba, luego recorría sin apresurarse el vestíbulo y el atrio, informaba al mayordomo sobre la identidad del visitante y este a su vez se dirigía al señor de la casa para preguntar si el recién llegado era bienvenido.

Una vez más tres impactos poderosos a puño cerrado restallaron en la vivienda.

—¡Abrid en nombre del emperador! —rugió una voz autoritaria.

—¿*Domine?* —gritó desesperado el joven esclavo desde la puerta—. ¿*Domine?*

—¡Abrid en nombre del emperador!

Tres golpes más.

—¿*Domine!* —gritó de nuevo el joven.

—Dile que abra, Demetrio —le dijo Séneca a su mayordomo casi en un susurro.

—Sí, *domine* —repuso Demetrio con la serenidad propia de su cargo antes de emprender el camino hacia la puerta.

—¿*Domine!* —volvió a gritar el muchacho aterrado desde la puerta.

—¡Abrid en nombre del emperador!

—¡Rápido, maldita sea! —rugió Séneca perdiendo los nervios.

Demetrio, hombre de mediana edad, acomodado ya en su puesto de responsabilidad al servicio de un gran hombre, dio un respingo ante la inesperada reacción de su amo y echó a correr.

Tres golpes más.

—¡Abrid!

—¡Abre, chico, abre! —dijo Demetrio aún a la carrera y haciendo aspavientos.

El muchacho, pálido y con la mano temblorosa, empezó a girar el gran pestillo de madera que servía para abrir la puerta pequeña, que formaba parte de otra más grande. No tuvo tiempo de preguntar nada.

El pretoriano, inmenso y poderoso, al ver que la puerta se abría, dio un empujón sin miramiento y el muchacho salió despedido contra la pared. Demetrio corrió a auxiliar al joven mientras, por la entrada, accedían uno tras otro tres hombres de la guardia imperial. Corpulentos, de gesto rudo e inmisericorde, ataviados con armadura, espada y casco con penacho, como si en vez de haber ido a la casa de un anciano estuvieran listos para entrar en combate: autómatas al servicio de Nerón.

—¿Dónde está? —dijo el pretoriano.

—¿Qué... quién...? —balbució Demetrio.

—El filósofo. ¿Dónde está?

El mayordomo no pudo más que señalar hacia el interior de la vivienda con el índice.

El pretoriano les hizo a sus compañeros un gesto con la cabeza para que le siguieran y, con paso firme, acompañados del tintineo de su indumentaria y el claqueteo de sus sandalias sobre los adoquines, se dirigieron al jardín en flor.

Una vez allí, y ante la mirada nerviosa de Lucilio y Estacio, que asistían al filósofo a tomar asiento de nuevo, el pretoriano se retiró el casco. No fue un gesto de respeto; sencillamente le molestaba. El soldado se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Lucio Anneo Séneca —dijo el pretoriano extendiendo la mano. Llevaba en ella un papiro enrollado—. Mensaje del emperador.

—Buenas tardes, centurión —dijo Paulina con absoluta compostura, como si pretendiera dejar claro que, fuera cual fuera la razón de su presencia en su casa, los modales no estaban de más.

—¿Buenas tardes? Depende de para quién, señora —dijo el centurión con altivez.

—Ve, Lucilio —susurró Séneca de espaldas a los pretorianos.

El joven Lucilio, dubitativo, se acercó al soldado, le miró a los ojos, cogió el mensaje y volvió al lado de su anciano amigo. Se sentó junto a él y desenrolló la misiva.

—Lee, Lucilio —dijo Séneca quedamente—. Yo... yo no puedo.

El joven tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Nerón Claudio César Augusto Germánico...

El pretoriano, con absoluta naturalidad, se sentó en el diván que hasta entonces había ocupado Estacio, puso el casco a su lado, se sirvió vino en un cuenco y bebió. Luego cogió de la mesa un trozo de pan y algo de queso y empezó a comer.

—No estás en tu casa, centurión, y no has sido invitado a esta mesa —dijo Paulina.

—Servíos a placer —les dijo el centurión pretoriano a sus dos hombres haciendo oídos sordos a la protesta de la mujer.

—¡Centurión! —espetó Paulina indignada.

—Que yo sepa, señora, los traidores a Roma no tienen derecho a nada.

—¡Abandona ahora mismo esta casa! —ordenó la mujer.

—Bonitas flores —repuso el pretoriano.

Paulina se levantó del diván y se puso en pie.

—¡He dicho...!

—Déjalo, Paulina —intervino Séneca.

—No permitiré que un asesino sin modales entre en mi casa como si fuera la suya.

—Déjalo, Paulina, te lo ruego —suplicó el filósofo sin volver la cabeza.

—Escucha a tu esposo, mujer —dijo el pretoriano con suficiencia. Paulina resopló y apretó los dientes, pero decidió callar.

—¿Cuándo? —preguntó Séneca.

—Ahora —respondió el centurión—. Tigelino hubiera preferido prenderte y llevarte a las mazmorras. Ya sabes. Pero por lo visto el emperador se ha apiadado de su antiguo maestro y te concede el honoroso adiós del suicidio. Bien es cierto que, si te niegas, tengo orden de llevarte ante el prefecto para que sea él quien se encargue de ti.

—¿Puedo al menos hacer testamento? —preguntó el anciano.

—No.

Séneca asintió resignado.

—¿Cuál es tu precio? —le preguntó Estacio de pronto al centurión.

—Antes de que tomes ese camino —dijo el pretoriano—, te advierto de que el intento de soborno a un oficial de la guardia imperial está penado con la muerte.

—¿Cuánto? —insistió Estacio.

—Puede que con otro hubieras tenido suerte. Conmigo no. Quizá por eso Tigelino me ha elegido a mí para traer el mensaje a casa del hombre más acaudalado e hipócrita de Roma.

—¿Cuánto? —volvió a decir Estacio, pero Séneca le posó la mano en el hombro y negó con la cabeza.

—Ve a la cocina y pídele a Matia un cuchillo bien afilado —dijo el filósofo.

—No —protestó el médico horrorizado.

—Por favor, Estacio, no lo hagas más difícil de lo que ya es —dijo Séneca intentando sonreír. El sabio no logró esbozar más que una mueca de tristeza.

—Haz caso al viejo —dijo el pretoriano con una amplia sonrisa. Estacio obedeció y se dirigió a la cocina.

—¿A qué viene esa sonrisa, centurión? —preguntó Paulina—. ¿Acaso no hay ya nada sagrado en Roma?

—El emperador y sus deseos, señora. Es lo único sagrado que conozco. Todo lo demás es... lo de menos. Y si de paso añadimos

la satisfacción de ver cómo muere un hombre incapaz de vivir según los principios que predica, tanto mejor. Es lo que digo siempre, señora: un puñado de principios claros ayudan a llevar una vida serena. No hacen falta muchos.

—Cuantos menos principios, mejor, ¿es eso? —dijo Paulina airada.

—Es una forma de decirlo, sí. Lealtad al emperador. Y a los hombres con quienes compartes gachas y un puesto en la formación. Demasiados principios no sirven más que para confundir. Tarde o temprano entran en conflicto.

—¿Y por qué no ninguno?

—Porque siempre hay que creer en algo, señora. Aunque solo sea en una cosa. Vaya..., al final va a resultar que yo también soy todo un filósofo.

Llegó Estacio portando dos cuchillos de hierro de un palmo de largo y dos pequeñas ollas en las que recoger la sangre del anciano. Al verle, Séneca se tumbó en el diván asistido por Lucilio y alargó los brazos hasta dejarlos en cruz. El anciano cerró los ojos y sendas lágrimas le recorrieron las mejillas.

—Hazlo, Estacio, nadie mejor que tú, amigo mío —dijo el sabio en un susurro y con la voz quebrada.

Paulina observaba la escena con impotencia. Estacio se enjugó las lágrimas que le nublaban la vista y procedió a colocar cada una de las ollas bajo las muñecas lánguidas del viejo. Luego le cogió la mano derecha con su zurda, aferró uno de los cuchillos con la diestra y acercó el frío metal a las venas del anciano.

—Espera —dijo Séneca—. No... no estoy preparado.

Toda una vida hablando de la muerte, diciendo que la filosofía no era más que una herramienta para saber enfrentarse a la única certeza de la vida, que la muerte no era nada, que solo merecía desprecio, que saber morir era el objeto de todo sabio y ahora... ahora... tenía miedo a la oscuridad, al dolor, a lo desconocido.

—No te lo pienses tanto, viejo —dijo el pretoriano mientras le daba un trago al vino—. En Britania murieron muchos buenos muchachos por tu culpa, y ellos no tuvieron ocasión de darle una vuelta al asunto. Buenos muchachos, jóvenes y leales, que solo querían volver a casa.

Britania... Britania. Lucilio miró a Séneca extrañado, como si buscara en la mirada del sabio algún indicio de que lo que insinuaba el centurión era mentira. Pero solo halló verdad en los ojos del an-

ciano. Verdad y remordimiento. Séneca cerró los párpados. Cómo explicar que cuando el emperador empezó a plantearse la retirada de aquella ciénaga inmundada y lluviosa, cuya ocupación estaba resultando ser una pesada carga para las arcas, él había reclamado el pago inmediato de los préstamos hechos a caudillos y jefecillos y que estos, incapaces de pagar, habían tenido que exprimir a su pueblo y que el pueblo, por su parte, había decidido que era mejor la muerte que una vida de miseria. La revuelta de Boudica, la reina de los icenos... También ella, mujer y bárbara, había sabido morir.

—Estacio —dijo Paulina recostándose en su diván—. Acércate. No sobreviviré a mi marido.

—¿Qué quieres decir?

Paulina alargó el brazo y miró al médico fijamente a los ojos.

—No —dijo Estacio una vez más, horrorizado.

—Hazlo. De lo contrario me veré obligada a pedírselo a nuestro amable pretoriano —amenazó la mujer—. ¿Cómo te llamas, centurión? —preguntó Paulina.

—Numerio.

—¿Si yo te lo pidiese me matarías, Numerio?

—Sería todo un placer, señora. Se lo aseguro.

Paulina volvió a mirar al médico. Estacio, acorralado, asintió.

—Aprieta el puño con fuerza —dijo el médico resignado.

Paulina miró al centurión fijamente. Este sonrió y se recostó en el diván para disfrutar del espectáculo. La hoja de metal rasgó la piel blanca de la mujer, que apretó los dientes para no dar muestras de dolor. No pudo evitar afear la cara, pero de sus labios sellados no surgió ni un suspiro. Primero sintió una especie de pellizco, un doloroso pinchazo y luego el desgarrar de la piel y los tendones. Sintió entonces cómo el corazón se le desbocaba, cómo se rebelaba contra la herida, cómo intentaba bombear sangre como único medio a su alcance para hacer frente a la amenaza. La sangre empezó a manar libremente por la apertura, a salpicar el suelo y a caer sobre la olla que el médico había colocado debajo.

El centurión alzó una ceja y asintió con satisfacción y deleite.

—La otra, Estacio —dijo Paulina sin apartar la mirada del soldado.

El médico obedeció. Pero ahora Paulina sabía a lo que se enfrentaba y sabía que podía soportarlo. Además, no le tenía miedo a la muerte. ¿Echaría de menos su jardín? ¿Habría algo al otro lado? ¿Nada? ¿Una negrura consciente? ¿Inconsciente? ¿Luz? Lo mismo

daba. No tenía miedo, y, como decía su esposo, el momento llegaba tarde o temprano, la filosofía nos enseña a saber cómo morir: con serenidad. ¿Era eso la vida? ¿Un destello de luz entre dos eternidades oscuras? ¿Había alma como aseguraba Platón?

El corte en la muñeca izquierda le dolió menos. Oyó caer su propia sangre sobre la olla y sintió un mareo. Las manos insensibles, la boca reseca.

—¿Cuánto se tarda, Estacio?

—No mucho —dijo el médico con las palabras pegadas a la garganta.

Otro mareo. Frío en los pies, en los brazos, en el cuerpo. Sueño.

—Tu marido tiene peor cara que tú —dijo el pretoriano con sorna.

El soldado se empezó a convertir en una mancha borrosa. Paulina oyó gritos. Era su esposo, que decía su nombre, que aullaba, que sollozaba pidiéndoles a Estacio y a los esclavos que alguien le vendara las muñecas a su mujer. Notó que los latidos de su corazón pasaban de la desesperación a la rabia, luego a la impotencia, luego a la calma. Dejó de oír los gritos, dejó de ver la sonrisa del centurión. Intentó mantener la cabeza erguida y los ojos abiertos. No pudo. Pero no tenía miedo.

Se sintió flotar.

La nada.